

inmensa riqueza á su hijo Hassen Barbaroja, que á la sazón se hallaba en Argel.

Permaneció algún tiempo el emperador en Bruselas á causa del mal estado de su salud, dedicado á discurrir y preparar los medios mas eficaces, enérgicos y prontos para acabar con las contiendas religiosas que seguían conmoviendo sus dominios, y para sofocar con energía, ahora que le dejaban libre las guerras de Francia, el espíritu y las doctrinas de la reforma, que habían cundido maravillosamente por casi todos los países de Europa á favor de sus distracciones y de las condescendencias con los protestantes, á que la complicación de sus atenciones y negocios le había obligado. Pero materia será esta para otro capítulo, debiendo limitarnos en el presente al término que por entonces tuvo la guerra que podemos llamar general con Francisco I.

CAPITULO XXVI

Muerte de Lutero.— Concilio de Trento: guerra de religion

DE 1541 Á 1547

Proceder del emperador con los protestantes.—Consecuencias de sus concesiones en las Dietas de Ratisbona y de Spira.—Dieta de Worms.—Concilio de Trento: sus primeras sesiones.—No le reconocen los protestantes.—Muerte de Martín Lutero.—Juicio de su carácter y de sus obras.—Decisiones del concilio.—Diseños de Carlos V contra los reformistas.—Preparativos de guerra.—Alianza con el papa.—Gran confederación de los protestantes de Alemania.—Formidable ejército que levantaron.—El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Manifiesto.—Falsa situación de Carlos V en Ratisbona.—Reunión del ejército imperial.—Guerra de religion.—Prudente y heroica conducta del emperador en Ingolstadt.—Retirada del grande ejército protestante.—Proposiciones de paz: recházalas el emperador.—El duque Mauricio de Sajonia.—Cómo, siendo protestante, favoreció á los católicos.—Dispersión de las tropas luteranas.—Ríndense al emperador las ciudades protestantes de la Alta Alemania.—Castigos.—Licenciamiento del ejército imperial: retirada de las tropas pontificias.—Quietud del emperador, y sus causas.—Famosa conjuración en Génova: Fieschi.—Recelos y cuidado del emperador.—Resuélvese á proseguir la campaña.

Desembarazado Carlos de la guerra de Francia, y permitiéndole la retirada y muerte de Barbaroja y las distracciones del turco en Asia un periodo de reposo á que no estaba acostumbrado, quiso aprovechar aquella coyuntura para obrar en la cuestión religiosa y contra los protestantes del imperio (negocio en verdad el mas grave y trascendental de aquel siglo) con una energía que pudiera enmendar los yerros de su lenidad y de sus condescendencias anteriores.

En efecto, desde las concesiones que Carlos se creyó precisado á hacer á los protestantes en la Dieta de Ratisbona (1541), era de prever el ánimo que cobrarían los príncipes y los partidarios de la reforma, que eran ya muchos y poderosos. La necesidad que de sus auxilios tuvieron él y su hermano don Fernando para la defensa de Hungría (1542), les daba nueva fuerza y aliento. La protesta de los reformadores contra la reunión del concilio que el papa había convocado en Trento para noviembre de aquel año, manifestaba la descarada oposición de los protestantes, y la confianza que les inspiraba la necesidad que de ellos tenían Carlos y Fernando; y el desaire que el pontífice y la Iglesia sufrieron, teniendo que prorogar el concilio por falta de asistencia de prelados, fué un golpe fatal que envalentonó á los enemigos del poder pontificio. Nuevas concesiones del emperador y su hermano aumentaron su osadía, y una imprudencia del duque de Brunswick, fogoso y arrebatado católico, dió ocasion á los confederados de Smalkalde para hacer con buen éxito un ensayo de su valor y de sus fuerzas materiales. Así se atrevieron luego á negarse á reconocer la jurisdicción de la cámara imperial (1543), mientras no se les dieran seguridades respecto al ejercicio y prácticas de sus nuevas doctrinas.

Los auxilios que el emperador les pidió y ellos le otorgaron en la Dieta de Spira (1544) para la guerra contra la Francia, y los debates públicos que en Alemania se les permitía tener sobre la cuestión religiosa, les daban á ellos tanta audacia como enojo al pontífice Paulo, que veía vilipendiada su auto-

ridad, y no bien parada tampoco la del César. Por tanto, y por ser la necesidad de todos reconocida la celebración de un concilio general para atajar los crecientes progresos de la reforma y dar unidad y sosiego á la Iglesia, tan luego como se firmó la paz de Crespy, expidió el papa nueva bula convocatoria (19 de noviembre, 1544), para el concilio que había de reunirse en Trento el cuarto domingo de cuaresma del año siguiente. El emperador, que era el que mas deseaba el concilio, mandó á todos los prelados de sus dominios que procurasen no faltar el día prefijado. Mas como en aquel tiempo estuviese congregada la Dieta del imperio en Worms, presidida por Fernando á nombre del emperador su hermano, á quien el mal de la gota tenia detenido en Bruselas (1545), vióse desde luego en ella la resistencia de los protestantes á reconocer el concilio, y á someterse al fallo de una asamblea convocada por el papa, no ya para discutir las controversias religiosas, sino para juzgarlas definitivamente. Reclamaban que se les conservasen las concesiones y derechos que se les habían otorgado en la última Dieta, y hasta que esto se hiciese se negaban á prestar al emperador y su hermano los auxilios que les pedían para hacer la guerra al turco en union con el rey de Francia, con arreglo al tratado de Crespy.

Poco adelantó Carlos con presentarse en Worms apenas estuvo un tanto restablecido, pues si bien para disimular sus miras y entretener con alguna esperanza á los protestantes señaló para principios del año próximo una Dieta en Ratisbona á fin de terminar las contiendas, la persecucion que había desplegado ya contra los luteranos en Flandes, la proteccion que dispensaba al cabildo de Colonia contra el arzobispo que queria introducir la reforma en su diócesi, la prohibicion de predicar que hizo á los propagadores de la nueva doctrina en la misma ciudad de Worms, y sobre todo, la embajada que supieron haber enviado á Constantinopla proponiendo al Gran Turco la paz como para quedar desembarazado de toda otra atencion, los convencieron de que estaba resuelto á obrar con rigor y á constituirse en exterminador del luteranismo. La muerte del duque de Orleans les hizo esperar que se renovarían tal vez las disidencias entre el emperador y el rey de Francia, pero no fué así, como hemos visto. Creyeron tambien que la investidura que el papa se atrevió á dar en aquel tiempo á su hijo Pedro Luis de los ducados de Parma y de Plasencia, desmembrando así el patrimonio de la Iglesia, indisponía y enojaría á Carlos con el pontífice; mas tambien en esto se vieron defraudadas sus esperanzas. Porque si bien Carlos reprobó aquel rasgo de despotismo y de arbitrariedad y rehusó confirmar la investidura, el emperador y el papa estaban dispuestos á sacrificar sus resentimientos á trueque de poderse dedicar á la extincion de las doctrinas reformistas y de las sectas religiosas, que uno y otro miraban como el negocio de mayor importancia.

En tal estado se hizo la apertura del concilio de Trento (13 de diciembre, 1545), diferida por aquella causa desde el principio hasta el fin del año, bajo la presidencia de los legados del papa, que eran tres cardenales y tres obispos, sin que en aquella sesion se hiciera otra cosa que declarar hallarse reunido el concilio en nombre del Espíritu Santo, para gloria de Dios, extirpacion de las herejías, reforma del clero y pueblo cristiano, y humillacion de los enemigos de la Iglesia. Para la segunda sesion (7 de enero, 1546), hubo ya muy graves debates sobre el orden en que se habían de tratar las materias y someterse al exámen y deliberacion del concilio.

El emperador y los mas de los obispos querían que se comenzara por tratar de la reforma de los abusos y de las costumbres antes que de lo relativo al dogma y á la fe, así por quitar á los herejes el pretexto con que se habían separado de la comunión católica, como porque de ese modo los decretos sobre la fe saldrían mas autorizados y serían mas respetados por los pueblos. Oponíanse á esto los legados presidentes con arreglo á las instrucciones que tenían del pontífice, alegando que debían ser primero las decisiones en asuntos de fe, porque la condenacion de los errores contrarios era el objeto principal del concilio. Como un término medio y de conciliacion entre estos dos pareceres, se propuso otro tercero, á saber, que en todas las sesiones se hablase primero del dog-

ma, y despues de la reforma, y este fué el que prevaleció y se adoptó.

Luego que los protestantes supieron la apertura del concilio, publicaron un extenso manifiesto protestando contra la reunion y exponiendo las causas que los determinaban á no reconocerla como legítima. Conocían el riesgo que sus doctrinas corrían de ser solemnemente condenadas; veían que el emperador estaba resuelto á hacer respetar con las armas las decisiones de aquella asamblea; para acordar los medios de conjurar el peligro se reunieron en Francfort los confederados de Smalkalde; pero faltaba á los reformistas la union necesaria para resistir con fruto. Cruzábanse entre ellos encontrados intereses; hacíanse unos á otros inculpaciones; los dos mas poderosos jefes de la liga, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, andaban desacordes. El landgrave, el mas impetuoso de todos y de mas empuje, sostenía sin embargo que su única salvacion era obtener el patrocinio de los reyes de Francia é Inglaterra, ó confederarse con los cantones protestantes de Suiza. Mientras el elector, fanático luterano, se oponía abiertamente á hacer alianzas ni recibir auxilios de ningún príncipe ni estado que profesara doctrinas ó principios que no fuesen los suyos, los del mas puro luteranismo, y rechazaba con tenacidad toda proteccion de parte de quien no se ajustara en todos los puntos á sus creencias.

Hallándose en tal estado las cosas, sufrieron los protestantes un golpe mortal. El iniciador de aquella revolucion religiosa, el primer predicador de la doctrina reformista, el famoso Martín Lutero, atacado de una fuerte inflamacion en las visceras, murió en pocos días y casi de repente en Eysleben (18 de febrero, 1546), próximamente al tiempo que los padres del concilio de Trento acababan de formular el símbolo y profesion de fe, tal como la habían fijado los sinodos de Nicea y Constantinopla y se cantaba en las iglesias, en la cual quedaba virtualmente condenada la doctrina luterana, y todas las demás sectas y herejías que de ella habían nacido (1). Lutero tenía entonces sesenta y tres años. «Nunca ningún hombre, dice un historiador protestante, fué pintado con tan contrarios colores: los juicios de su siglo sobre su carácter tocaron los extremos.»

Sin embargo, por mucho que los escritores protestantes de aquel siglo y de los siguientes se hayan esforzado por realzar las prendas del gran reformador alemán, y por descubrir en el profesor de Wittemberg algunas cualidades eminentes, no han logrado probar que tuviese ni el talento privilegiado del innovador, ni menos las virtudes morales del apóstol. Sin negar á Lutero una capacidad activa, y una regular instrucción en las materias religiosas que entonces se controvertían, estaba lejos de ser ni un sabio ni un genio. Sus obras revelan mejor la altura que media en punto á saber que los apasionados elogios de sus panegiristas, los cuales atribuyen sus defectos al mal gusto de su siglo. No era un hombre vulgar, pero las circunstancias le colocaron en una posición y le dieron una influencia que no hubiera podido imaginar jamás él mismo. Denunciador de un abuso público y lamentable, la materia de su predicación era á propósito para hacerle popular, y las imprudencias ó la falta de política de sus adversarios é impugnadores le dieron aliento y le hicieron osado. Tan fuerte y vigoroso de espíritu como débil y miserable de cuerpo, no aparentaba, pero tenía la firmeza y la audacia del reformador, á tal punto, que sus mas adictos escritores se ven obligados á confesar que «la confianza en sus opiniones rayaba en arrogancia, su valor en temeridad, su firmeza en obstinacion, y su celo por confundir á sus adversarios en un furor que se exhalaba en injurias groseras (2).» Y en efecto, Lutero en sus últimos años parecia haber renunciado á toda idea de decencia, de decoro y de urbanidad, pues ya escribiese contra los católicos, ya contra los reformistas disidentes, su pluma parecia estar mojada en hiel, y cada uno de sus escritos era una colección de insolentes burlas y de insultos de mal género, que los protestantes se esfuerzan por atenuar, buscando disculpa en cierta aspereza de estilo de que dicen adolecían

por lo comun los escritores de aquel tiempo (3). Y sin embargo, este hombre inició una de las revoluciones religiosas y políticas mas graves que ha experimentado la humanidad; ejerció por espacio de treinta años una influencia desmedida en Alemania, donde nada se hacía sin consultar ó contar con Martín Lutero; hizo bambolear al antiguo y venerable poder de los papas, y alcanzó á ver el fruto de sus trabajos, y á presenciar en vida la adopción de sus doctrinas por una gran parte de Europa.

La noticia de la muerte de Lutero alegró, como era natural, á los católicos tanto como desalentó á los protestantes, y mas en ocasion que el concilio de Trento, aumentado con bastante número de prelados, en su sesión cuarta (8 de abril), señalaba por reglas de la fe los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, reconocidos por canónicos, la tradición transmitida y conservada desde los apóstoles, la versión de las Sagradas Escrituras conocida con el título de Vulgata, prohibiendo interpretar el sagrado texto de otra manera que lo explica la Iglesia, único juez competente en materia de fe, con lo cual quedaban destruidos los fundamentos de la doctrina de Lutero. Al mismo tiempo el papa profería sentencia de excomunion y privación de todas sus dignidades eclesiásticas contra el arzobispo de Colonia, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad, por protector de la herejía luterana. Y por otra parte, el emperador, que hasta entonces había muy astutamente adormecido á los protestantes disimulando sus intenciones, libre ya de los cuidados del turco por una tregua de cinco años que había logrado ajustar con la Puerta Otomana, y movido además por el pontífice, pensaba ya en combatir con las armas la herejía, fiado tambien en los elementos de desunion de los príncipes protestantes del cuerpo germánico.

Y sin embargo, todavía en la Dieta imperial que por aquel tiempo se celebraba en Ratisbona, y á cuya ciudad se trasladó Carlos desde Flandes, trató de encubrir sus verdaderos designios aparentando gran respeto á las decisiones de la asamblea en punto á las contiendas religiosas, y preguntando en un artificioso discurso qué medios convendría emplear para restablecer la union en las iglesias de Alemania. Cuando el emperador hizo esta consulta, ya sabía cuál había de ser el dictámen de la mayoría de la Dieta, que era de católicos, habiéndose abstenido de asistir por temor muchos protestantes. Así fué, que el único medio que le propuso la mayoría fué que se reconociese el concilio de Trento como la autoridad competente para resolver en todos los puntos y cuestiones religiosas que los dividían, y que se obligara á todos á obedecer sus decretos como reguladores infalibles de la fe. Contra este dictámen presentaron los reformistas una memoria, pidiendo nuevamente que se sometiesen las disputas á un concilio nacional que se hubiera de celebrar en Alemania con igual número de prelados de ambos partidos. No solamente desmentó Carlos, como era ya de suponer, esta propuesta, sino que despachó un cardenal á Roma para concertarse con el papa, y continuó haciendo sus preparativos de guerra, lo uno y lo otro no tan

(3) No sabemos cómo pueden disculparse insultos como el siguiente, y otros semejantes que pudiéramos citar. En el último libro que escribió contra la autoridad pontificia, dibujó con su propia mano la figura de un papa con el traje pontifical y con dos enormes orejas de asno: en derredor pintó como en actitud de estar en conclave diferentes diablos con mitras presentando al papa los atributos de su poder, mientras otros le arrastraban con cuerdas al infierno.

Como prueba de su desmedida soberbia y presuncion, citaremos solo la siguiente arrogante cláusula de su testamento: «Conocido soy en el cielo, en la tierra y en el infierno, y tengo la suficiente autoridad para que se me crea á mí solo, cuando Dios por su paternal misericordia me ha confiado, aunque miserable pecador, el Evangelio de su hijo, de modo, que muchos en el mundo le han recibido por mí y me han reconocido por doctor de la verdad, despreciado el odio del papa, del César, de los reyes, príncipes y sacerdotes, como quien dice, de todos los demonios. ¿Por qué, pues, no ha de bastar para esta disposicion y en cosa tan pequeña (el testamento) el testimonio de mi mano, y el poderse decir: Esto escribió el señor Martín Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio! *Notus sum in celo, in terra et in inferno, et auctoritatem ad hoc sufficientem habeo, etc.*»

De la moralidad y de la continencia religiosa del fraile agustino, daban testimonio vivo los muchos hijos que dejó de su mujer la monja Catalina Bore.

(1) Concilio Tridentino, Sesión 3.^a, 4 de febrero, 1546.

(2) Robertson, Historia de Carlos V, lib. VIII.